

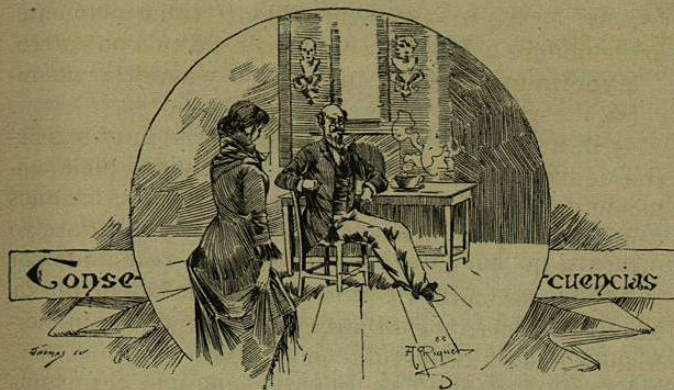
—Sí, por cierto — contestó Sidonia tranquilamente, arreglándose el tocado á un espejo de cuerpo entero.

Y continuó con el mismo reposo y sin dejar de mirarse al espejo:

—Sí, he recibido tu carta y aun estoy muy satisfecha de haberla recibido. Ahora si tienes la mala tentación de hacer á tu hermano las villanas revelaciones con que me has amenazado, fácilmente le probaré yo que el despecho de un amor criminal, rechazado por mi honradamente, ha sido la única causa de tan calumniosas delaciones. Date, pues, por advertido, hermano Franz, y hasta más ver.

Y satisfecha como una actriz después de una escena de grande efecto, pasó por delante de él y salió del salón sonriendo, triunfante y sin cólera.

¡Franz no la mató!



V

LA víspera de aquel día nefasto, algunos instantes después que Franz hubiera abandonado furtivamente su cuarto de la calle de *Braque*, el ilustre Delobelle entró en su casa, completamente trastornado, en esa actitud abatida y desengañada que oponía siempre á los acontecimientos contrarios.

—¡Oh Dios mío! ¿qué te pasa, pobre Delobelle?— preguntó luego al punto su esposa á quien no habían estragado aún veinte años de mímica exagerada y dramática.

Antes de contestar á esta sencilla pregunta, el comediante, que no dejaba nunca de preparar sus más insignificantes palabras con un juego de fisonomía, aprendido en otro tiempo para la escena, hizo con la boca un gesto de repugnancia y despecho, como si acabara de tragar alguna cosa amarguísima.

—Lo que hay es — dijo luego — que esos Risler son unos ingratos ó egoístas, y positivamente personas

muy mal criadas... ¿Sabéis lo que acaba de decirme abajo el portero que me miraba de reojo al pasar?... Pues nada menos que Franz Risler ha partido. Ha salido poco há de la casa y de París tal vez á estas horas, sin haber venido siquiera á estrecharme la mano, á darme las gracias por la acogida que se le daba aquí. ¿Qué os parece? Supongo que de vosotras tampoco se habrá despedido ¿no es verdad? Y sin embargo, no hace un mes aún que no salía de casa.

La mujer del cómico se sorprendió grandemente y tuvo un verdadero pesar, que expresó con sentidas exclamaciones. Desiderata, al contrario, no dijo una palabra, no hizo siquiera un gesto. Siempre el mismo copo de nieve.

— ¡Tenga usted amigos! — repuso el ilustre actor... — ¿Qué le he hecho yo también á éste?

Era una de sus presunciones creerse perseguido por el odio del mundo entero. Esto formaba parte de su actitud en la existencia, como un mártir del arte.

Dulcemente, con ternura casi maternal, porque hay siempre maternidad en el amor indulgente que inspiran esos niños grandes, la mamá Delobelle consoló á su marido, lo mimó, y añadió una golosina á la comida.

En el fondo, el pobre diablo estaba realmente afectado: habiendo partido Franz, el empleo de eterno anfitrión que en otro tiempo tenía Risler mayor, quedaba otra vez vacante y el cómico pensaba en las dulzuras que iban á faltarle.

Pero al lado de aquel pesar egoísta y superficial, había un dolor verdadero, inmenso, el dolor que mata, y que no echaba de ver aquella madre ciega.

Mira, pues, á tu hija, desgraciada madre: mira esa palidez transparente, esos ojos sin lágrimas, que brillan fijamente como si concentraran su pensamiento y su mirada en un objeto sólo visible para ellos. Haz

que se te abra esa alma cerrada que tanto padece; interroga á tu hija; haz que hable, que llore, sobre todo, para aliviarla del peso que la ahoga, para que sus ojos velados por las lágrimas no puedan ya fijarse en el vacío, ese horror desconocido en que ahora se fijan con desesperación.

¡Ah!

Hay mujeres en quienes la madre mata á la esposa; en esta, al revés, la esposa mata á la madre. Sacerdotisa del dios Delobelle, absorbida en la contemplación de su ídolo, se figuraba que su hija había venido al mundo para consagrarse al mismo culto, para arrodillarse ante el mismo altar. Ambas á dos debían tener un solo fin en la vida, á saber: trabajar para la gloria del grande hombre, consolar su genio desconocido. Lo demás no existía. Jamás había notado la madre, los rubores súbitos de Desiderata en cuanto Franz entraba en el taller, los rodeos de joven enamorada para hablar de él, para hacer sonar su nombre á todo propósito en sus pláticas de trabajo, y esto por espacio de muchos años, desde el tiempo en que Franz iba á la Escuela Central. Nunca había interrogado la madre aquellos largos silencios en que la juventud confiada y feliz se encierra bajo llave con sus ensueños de porvenir. Y si á dicha decía alguna vez á Desiderata, cuya mudez la fatigaba, ¿*Qué tienes?* no tenía más que contestar la joven: *No tengo nada*, para que el pensamiento de la madre, distraído un momento, volviera sin retardo á su preocupación favorita.

Así, pues, aquella mujer que leía en el corazón de su marido, en el menor pliegue de su frente olímpica y nula, no había tenido nunca para su pobre Zizi ninguna de esas adivinaciones de ternura en que las madres más entradas en años se rejuvenecen hasta una amistad infantil para venir á ser confidentes y consejeras.

Y esto es lo que el egoísmo inconsciente de los hombres como Delobelle tiene de más feroz.

Hace que nazcan otros al rededor.

La costumbre que hay en ciertas familias de referirlo todo á un solo sér, deja necesariamente en la sombra las alegrías y los dolores que le son indiferentes.

Y yo os pregunto ¿ en qué podía interesar á la gloria del grande hombre el drama juvenil y doloroso que henchía de lágrimas el corazón de la pobre enamorada ?

Sin embargo, ella padecía mucho.

Hacia cerca de un mes, desde el infausto día en que Sidonia había ido á buscar á Franz en su cupé, que sabía Desiderata que no era ya amada, y sabía también el nombre de su rival. No por eso los quería mal ella; antes bien los compadecía. Pero ¿ por qué había vuelto él ? ¿ Por qué le había dado tan ligeramente una falsa esperanza ?

Como los infelices condenados á la oscuridad de un calabozo acostumbran sus ojos á los matices de las sombras y sus miembros á la estrechez del espacio, y luégo si se les lleva un momento á la luz, encuentran á su vuelta más estrecho el calabozo, más densa y triste la oscuridad; la pobre niña también había pasado algo de esto, al salir un momento á la luz de su esperanza para perderla luégo para siempre. ¡ Qué de lágrimas devoradas en el silencio desde entonces ! ¡ Qué de pesares contados á sus pajarillos ! Porque esta vez también la había sostenido el trabajo, el trabajo continuo, sin reposo, que por su regularidad, su monotonía, la repetición constante de los mismos cuidados y movimientos servía de moderador á su pensamiento fijo.

Y así como entre sus dedos los pajaritos muertos tomaban una apariencia de vida, sus esperanzas, sus

ilusiones muertas también, é impregnadas de un veneno más sutil y penetrante que el que volaba en polvo al rededor de su mesa de trabajo, abrían de vez en cuando sus alas con un esfuerzo mezclado de angustia en el anhelo de una resurrección. Franz no estaba completamente perdido para ella : bien que no fuera ya á verla sino de tarde en tarde, sabía ella que estaba allí ; oíalo entrar y salir, andar por el piso con inquietud, y á las veces, por la entornada puerta, veía cómo su sombra animada pasaba corriendo por el rellano. No parecía feliz ; ni ¿ qué felicidad podía esperarle, si amaba á la esposa de su hermano ? Á la idea de que Franz no era feliz, la pobre criatura casi olvidaba su propia pena para no pensar más que en la de su amado.

Que volviera para amarla otra vez, sabía ella muy bien que no era posible ; pero pensaba que acaso un día lo viera entrar herido y moribundo, sentarse en la silla baja, apoyando la frente en su regazo, y le diría entre sollozos :

—Consuélame.

Esta mezquina esperanza la sostenía hacia tres semanas. ¡ Se contentaba con tan poco !

Pero hasta esta esperanza, tan mezquina y todo, le había sido negada. Franz había partido, partido sin despedirse, sin concederle siquiera una mirada. Después de la traición del amante, la traición del amigo. Esto era horrible.

Á las primeras palabras de su padre, se sintió la infeliz precipitada en un abismo, abismo profundo, glacial, lleno de sombras, al cual descendía con vertiginosa rapidez, sabiendo bien que era para no volver á la luz. Y se ahogaba ; hubiera querido resistirse, forcejear, pedir socorro...

Pero ¿ á quién ?

Harto sabía que no había de oírla su madre.

¿Á Sidonia?

¡Oh! Ahora la conocía. Más le valiera dirigirse á aquellos pequeños lofóforos de lustroso plumaje, cuyos ojos la miraban con una alegría indiferente.

Lo peor era que comprendió en el acto que esta vez no la salvaría el trabajo, que había perdido para ella su cualidad benéfica. Sus inertes brazos no tenían ya fuerza, y las manos se le caían descoyuntadas en la ociosidad del gran desaliento.

¿Quién hubiera podido sostenerla en medio de aquel gran desastre?

Dios, lo que se llama el cielo.

Desiderata ni pensó en esto siquiera.

En París, sobre todo en los barrios obreros, las casas son demasiado altas, las calles demasiado estrechas, el aire demasiado turbio para que se vea bien el cielo. El cielo se pierde allí entre el humo de las fábricas y la niebla que sube de los húmedos tejados. Y fuera de esto, la vida es tan dura para la mayoría de los pobres, que si la idea de la Providencia se mezclara en sus miserias, sería para maldecirla. Por eso hay en París tantos suicidios. Este pueblo que no sabe orar, está dispuesto á morir á todas horas: la muerte se ofrece á él en el fondo de todos sus sufrimientos, la muerte que liberta y consuela.

Y á la muerte miraba la pobre cojita de una manera tan fija.

Su resolución estuvo hecha desde luégo: era preciso morir.

Pero ¿cómo?

Inmóvil en su butaca, mientras la vida animal continuaba al rededor de ella, mientras su madre preparaba la comida y su padre endilgaba un largo monólogo contra la ingratitud humana, Desiderata discurría sobre el género de muerte que debía elegir. No estando casi nunca sola, no podía pensar en el tufo de

carbón; no saliendo jamás, tampoco podía pensar en el veneno, que se compra fácilmente en casa del herborista, una especie de polvos blancos que se meten en el bolsillo con el alfilerero y el dedal. Había también el veneno de los fósforos, el del cardenillo ó verdeorín de los sueldos, y sobre todo la ventana que daba á la calle. Pero la idea de dar á sus padres el horrible espectáculo de una agonía voluntaria, ó de que la recogieran de la calle en un montón quebrantado y sangriento, le hizo rechazar estos medios.

Quedábale el río.

Á lo menos el agua suele llevar tan lejos, que nadie encuentra el cadáver y queda la muerte en el misterio.

¡El río!

Desiderata se estremeció al pensar en él. Y no, no era la visión del agua negra y profunda lo que la espantaba: las mujeres de París se burlan de esto. No hay sino echarse á la cara el delantal para no ver y... Pero era menester bajar la escalera, irse á la calle sola; y la calle la intimidaba.

Ahora bien, mientras la pobre joven tomaba de antemano este vuelo hacia la muerte y el olvido, mientras miraba de lejos el abismo con ojos extraviados, á que iba subiendo ya la locura del suicidio, el ilustre Delobelle se reanimaba poco á poco, hablaba menos dramáticamente; luégo como había berzas para comer, cosa muy de su gusto, se enterneció comiendo, recordaba sus antiguos triunfos, la corona de oro, los abonados de Alençon; y no bien se hubieron levantado los manteles, cuando acepillado, estirado y muy gentil de su persona, se fué al Odeón á ver el *Misántropo*, hecho por Robricart, á costa de su mujer que le dió una moneda de cien sueldos para que hiciera el pollo.

— Estoy muy contenta — decía la desdichada mujer retirando los utensilios — papá ha comido muy bien

esta noche. Esto lo ha alegrado un poco. El teatro acabará de distraerlo, que bien lo necesita el pobre.

... Sí, esto era lo más penoso, irse sola á la calle. Sería menester esperar á que apagarán el gas, y entonces, ya dormida su madre, bajar la escalera atentadamente, abrir la puerta sin ruido y tomar su camino al través de este París, donde se encuentran hombres que miran con descaro, y cafés resplandecientes de luz. Desde la infancia había tenido Desiderata miedo á la calle. Siendo muy niña, siempre que salía á algún mandado, seguíanla los pilluelos riéndose de ella, y la pobrecita no sabía al fin qué era más cruel, si la parodia de su paso irregular, hecha burlescamente por aquellos traviosos rapaces, ó la piedad de los que pasaban, desviando la vista compasivamente.

También tenía miedo á los ómnibus, á los carruajes. El río estaba lejos, y se fatigaría mucho. Sin embargo, no había más medio que este.

— Voy á acostarme, hija mía. ¿ Vas á velar tú aún ?

Con los ojos en su labor, la hija contesta que sí, que quiere acabar su docena.

— Pues buenas noches. La cena de papá queda al rescoldo: antes de acóstarte, échale una ojeada.

Desiderata no ha mentido: quiere acabar su docena para que el padre pueda llevarla por la mañana; y en verdad, al ver aquella cabeza inclinada tranquilamente sobre el trabajo á la pálida luz del quinqué, nadie hubiera podido adivinar los siniestros pensamientos que dentro de ella rodaban.

En fin, el último pájaro de la docena está ya entre sus dedos, un primor de pajarico, cuyas alas parecen empapadas en agua del mar, verdes con reflejos de zafiro.

Desiderata lo fija cuidadosamente en un alambre dorado, en esa actitud de repulso, de espanto, de echar á volar y huir.

¡ Oh ! ¡ qué bien vuela el pajarillo verdemar ! ¡ Cómo se pierde en lo infinito ! ¡ Cómo se conoce que esta vez emprende el viaje grande, el viaje eterno de que no se vuelve más ! ...

La obra está ya acabada, la mesa en orden, los últimos cabos de seda minuciosamente recogidos, los alfileres en su almohadilla.

Al volver el padre encontrará el quinqué á media luz, la cena caliente en el rescoldo, y esta noche sinestra y espantable le parecerá tan apacible y serena como las demás, por el orden de la casa y la estricta observancia de sus manías habituales.

Con mucho tiento abre Desiderata el armario, saca de él un chal en que se envuelve... y parte.

¡ Cómo ! ¿ Ni una mirada á su madre, ni un adiós mudo, ni un movimiento de ternura ?

Nada.

Con la espantosa lucidez de los que van á morir, ha comprendido de súbito á qué amor tan egoísta fueron sacrificadas su infancia y su juventud, y sabe muy bien que una palabra de su grande hombre consolará á aquella mujer dormida de cuerpo y alma, á quien casi quiere mal, porque no se despierta en hora tan aciaga y la deja partir para siempre sin estremecerse siquiera.

Quando se muere en la juventud, siquiera sea voluntariamente, nunca es sin protesta, sin rebelión de espíritu, y la pobre Desiderata sale de la vida, indignada contra su destino.

Ya está en la calle.

¿ Á dónde va ?

Todo está ya desierto. Aquellos barrios tan animados de suyo durante las horas del día, se aquietan de noche muy temprano. Trabájase allí mucho para no acostarse pronto. Mientras el París de los bulevares, aún lleno de vida, cierne sobre toda la ciudad el sonrosado reflejo de un remoto incendio, aquí todas las

puertas están ya cerradas y las maderas puestas en los escaparates de las tiendas. De vez en cuando, un martillo rezagado, el paseo de un agente de policía que se oye y no se ve, el monólogo de un borracho que va dando traspiés, turban el silencio, ó bien una ráfaga de viento repentino hace crujir el cristal de un reverbero, caer la cuerda vieja de una polea al revolver de una esquina, y se apaga silbando bajo un dintel mal unido.

Desiderata va deprisa, envuelta en su mantón, con la cabeza levantada y los ojos enjutos; y sin saber el camino va derechamente hacia delante.

Las calles del *Marais*, oscuras y angostas, donde luce á largos trechos una estrellita de gas, se cruzan, se tuercen, se retuercen, y á cada instante, en aquella febril busca, desanda lo que ya anduvo la niña desesperada. Hay siempre algo que se opone entre ella y el río.

Sin embargo, el viento que sopla gimiendo en las rendijas de cada hogar paterno, ese mismo viento le trae á la cara el húmedo frescor del río. Pero no sino parece que el agua retrocede, se rodea de barreras, y que recios muros y altísimas casas surgen como por encanto delante de la muerte.

Con todo eso, la cojita tiene buen ánimo, y por el piso desigual de las tortuosas calles, andando va, andando andando, sin darse punto de reposo.

Á dicha ¿habéis visto alguna vez en día de caza un pollo de perdiz huyendo herido á la última luz crepuscular en busca de un surco en qué esconderse? Se agacha, se escurre, va arrastrando las sangrientas alas hasta encontrar un hueco, un asilo donde morir en paz. Pues el paso vacilante de aquella sombra casi infantil siguiendo las aceras, rozando las paredes, produce esta misma impresión.

¡Y pensar que á aquella misma hora, casi en el mis-

mo barrio, anda también errante á alguien esperando desesperado!... ¡Ah! Si pudieran encontrarse, y se acercara ella al infeliz pasajero preguntándole con voz anudada en la garganta:

— Señor ¿por dónde iré para llegar al Sena?

— ¡Tú! tú! ¡Desiderata! ¿Qué haces tan á deshora en esta espantable soledad?

— ¡Ah! Franz! quiero morir. Y tú, tú me has quitado el gusto de vivir.

Entonces él, piadosamente conmovido, la tomaría en sus brazos, la estrecharía contra su corazón, borraría el dolor de su alma con los ósculos de la suya, y amoroso y tierno y dulcísimo le diría sollozando:

— ¡Oh! no, no mueras: tengo necesidad de que vivas y me ames, para que me consueles, para que me cures las heridas hechas por la traidora mano de la otra.

Pero no es esto sino un sueño de poeta, uno de esos encuentros que la vida no sabe inventar: es demasiado cruel para eso la dura vida. Y cuando para salvar una existencia, tan poco bastaría á veces, se guarda bien de suministrar ese poco. Y véis aquí por qué son tan tristes las novelas verdaderas.

Calles y más calles... después una plaza y un puente, cuyos reverberos reflejan en la negra agua otro punto luminoso.

Por fin, he aquí el río.

La niebla de aquella noche de otoño húmedo y blando, le hace ver todo aquel París desconocido para ella en un grandor confuso, que aumenta más y más todavía su ignorancia de los lugares. Aquí es donde hay que morir.

Siéntese la infeliz tan pequeña, tan aislada, tan perdida en la inmensidad de aquella población alumbrada y desierta, que le parece estar muerta ya.

Acércase al terraplén, y de pronto un olor de flores,

de hojas, de tierra removida la detiene un momento. Á sus piés, en la acera ó embaldosado que corre á orillas del agua, grupos de arbustos abrigados con paja, macetas de flores con sus caperuzas de papel blanco están ya ordenadas para el mercado del día siguiente. Envueltas en sus mantones, con los piés en el braserillo, reposan en sus sillas las vendedoras, entorpecidas por el sueño y por el frescor de la noche. Las reinas-margaritas, flores exóticas de todos colores, las miñonetas, los rosales de otoño, embalsaman el aire esperando el capricho de París dormido.

¡Pobre Desiderata! No parece sino que toda su juventud, sus raros días de gozo y su amor engañado y perdido le suben al corazón en los aromas de aquel jardín ambulante.

Deslízase por en medio de las flores y al llegar al extremo de aquel malecón adornado como para una fiesta, detiéndose la sombra casi infantil en la escalera que baja al ribazo...

Casi al mismo tiempo oyense gritos y rumores á lo largo del malecón:

— ¡Una barquilla! ¡Garfios!

Bateleros y agentes de policía acuden por todas partes y muy luégo desatraca un bote con su linterna en la proa.

Despiértanse las vendedoras de flores, y cómo pregunte una de ellas bostezando qué viene á ser aquella alarma, la cafetera, acurrucada en el ángulo del puente, le contesta con mucho sosiego:

— Una mujer que acaba de echarse en remojo.

Pero no, el río no quiere á aquella niña, como si hubiera tenido piedad de tanta dulzura y gracia. Y véis aquí que á la luz de las linternas que se agitan en el ribazo, se forma un grupo negro, y á poco se pone en marcha.

¡Se ha salvado!

Un arenero la pescó.

Los agentes de policía, rodeados de barqueros y descargadores, la traen arriba, y en la oscuridad oyes una voz ronca que dice en són de chanza:

—He aquí una gaviota que me ha dado mucho qué hacer. Era de ver cómo se me escurría de las manos. Estoy por decir que hubiera querido hacer que perdiera mi prima.

Poco á poco se aquieta el tumulto, se dispersan los curiosos, y mientras el grupo negro se aleja enderezando hacia un puesto de policía, las vendedoras de flores vuelven á sus sillas y á su somnolencia, y en el ya desierto embaldosado se estremecen al viento de la noche las reinas-margaritas.

¡Ah! pobre joven! ¿Creías cosa fácil irte de la vida desapareciendo tan de súbito? No sabías que en vez de llevarte á la nada que buscabas, te arrojaría el río á todas las vergüenzas y á las mancillas todas del suicidio frustrado. Desde luégo el puesto, el odioso puesto de policía con sus bancos sucios, y su suelo más sucio, enlodado, sin contar la mala catadura de los que andan por allí, no más limpios que los bancos y el suelo.

Y allí, en el puesto de policía, tuvo la honesta y recatada doncella que pasar el resto de la noche.

Habíanla tendido en un lecho de campaña cerca de la estufa, cuyo calor mal sano hacía humear su ropa chorreando de agua.

¿Dónde estaba?

No lo sabía. Aquellos hombres tendidos alrededor en lechos iguales al suyo, la lobreguez y tristeza de aquella cuadro soldadesca, los aullidos de dos borrachos encerrados que golpeaban á la puerta del fondo con obscenos dicharachos y blasfemias espantables; todo esto lo veía y escuchaba la cojita sin acertar á explicárselo.

Cerca de ella una mujer harapienta, desgredada, es-

tábase en cuclillas á la boca de la estufa, cuyo rojizo reflejo no era poderoso á colorear rostro tan descolorido y fiero. Era una pobre loca, recogida aquella noche, misérrima criatura que meneaba maquinalmente la cabeza, é inconsciente decía y volvía á decir y reiterar en voz independiente del movimiento de los labios:

— ¡Oh! sí, la miseria ... bien puede decirse ...

Y esta querella monótona, cuanto siniestra, hacía un daño horrible á Desiderata, la cual cerraba los ojos por no ver aquel semblante descompuesto que la espartaba como la personificación de su propio estado.

De vez en cuando se entreabría la puerta de la calle, la voz de un jefe mentaba nombres y salían dos agentes, á la vez que entraban otros dos, y echábase de través en los lechos, derrengados como marineros que han pasado la noche sobre cubierta.

Por fin rompió el día, y despertando súbitamente de su sopor, la pobre Desiderata se incorporó en su lecho, se despojó del capote con que la habían arropado y á pesar de la fatiga y la fiebre, probó á ponerse en pié como para tomar posesión de sí misma. No tenía más que una idea entonces; sustraerse á todos aquellos ojos que se abrían al rededor de ella, salir de aquel lugar horrible, donde el sueño tenía hábito tan pesado y posturas tan tormentosas.

— Señores, por favor—dijo temblando;— dejadme volver á casa de mis padres.

Por más hechos que estuvieran á los dramas de París, bien comprendieron aquellos hombres que estaban enfrente de algo más distinguido é interesante que lo de ordinario; pero no podían llevarla aún á la casa paterna: era preciso ir previamente á casa del comisario, como trámite indispensable.

Por consideración inusitada trájose un fiacre; pero fué menester salir del puesto, y había gente en la

puerta, curiosa de ver pasar á la cojita, con sus cabellos mojados, pegados á las sienas y su capote de sergo que no impedía que tiritara.

En la comisaría se le hizo subir una lóbrega y húmeda escalera, por la que iban y venían caras patibularias. Una puerta mampara que la continuidad del servicio abría y cerraba á cada instante, piezas frías, mal alumbradas, bancos viejos y en ellos gente silenciosa, aturdida, soñolienta, vagamundos, ladrones, mozas del partido, una mesa cubierta con un tapete verde, donde escribía el *perro del comisario*, gran diablo con cabeza de peón, de levita raída: tal era el cuadro.

Luégo que entró Desiderata levantóse de un oscuro rincón un hombre y salió á recibirla tendiéndole la mano.

Era el hombre de la prima, su horroroso salvador por veinticinco francos.

— Y bien, damisela—le dijo con su cínica sonrisa y una voz que hacía pensar en noches de niebla en el agua—¿ cómo va desde la zambullida?

Y sobre esto contó á los circunstantes cómo la había pescado, que la agarró primero así, y luego asá y que sin su auxilio iría seguramente á aquellas horas corriendo hacia Ruán entre dos aguas.

La desgraciada estaba encendida de fiebre y de vergüenza y de tal manera turbada, que le parecía que había dejado el agua un velo en sus ojos y un gran rumor en sus oídos.

Por fin la introdujeron en un aposento más pequeño, ante un personaje solemne, condecorado, el señor comisario en persona, que estaba en actitud de tomar su café con leche y de leer simultáneamente la *Gaceta de los Tribunales*.

—¿ Qué hay?—dijo en tono áspero mojando su mollete y sin levantar la vista del periódico.

El cabo que acompañaba á Desiderata leyó por toda contestación su parte en estos términos:

«Á las doce menos cuarto, muelle de la Tenería frente al número 17, la llamada Delobelle, 24 años, florista, domiciliada en casa de sus padres, calle *Braque*, cometió conato de suicidio arrojándose al Sena, de donde la sacó sana y salva el arenero Parcheminet, habitante, calle Boutte-Chaumont.»

El comisario escuchaba mascando á la vez con el sosiego y hastio de quien está ya curado de espanto. Al fin alzó la vista y mirando á la llamada Delobelle con cierta severidad, la amonestó en són de hombre bueno. Era cosa mala, muy mala, malísima lo que había hecho, y una gran cobardía. ¿Qué había podido inducirle á eso de atentar contra su vida? ¿Por qué razón quería suicidarse? Á ver, conteste la llamada Delobelle ¿por qué razón?

Pero la llamada Delobelle se obstinó en no contestar. Parecía que hubiera sido manchar su amor, confesándolo en semejante lugar.

—No sé... no sé—decía sólo en voz baja y estremeciéndose.

Despechado el comisario, declaró que iba á ser conducida á la casa paterna, pero á una condición á saber: que la llamada Delobelle había de prometer solemnemente no volver á las andadas.

—Á ver ¿lo prometéis así?

—¡Oh! sí, sí señor.

—¿No volveréis á hacerlo nunca?

—¡Oh! no, no señor.

A pesar de las solemnes protestas de la llamada Delobelle, el comisario de policía meneaba la cabeza, como si no la creyera.

En fin, ya está fuera de la comisaría y de camino hacia su casa. Pero su martirio no había terminado.

En el fiacre, el agente que la acompañaba, se mos-

traba con ella más amable de lo que convenía. Desiderata se desentendía de sus requiebros, se alejaba, retiraba la mano. ¡Qué suplicio!

Lo peor, lo más terrible, fué su llegada á la calle de Braque: la casa paterna en conmoción, la curiosidad de los vecinos... ¡Qué suplicio!

En efecto, desde que Dios amaneció, toda la vecindad y aun casi todo el barrio tenía noticia de la extraña desaparición de la doncella, y de boca en boca corría el rum rum de haber partido en amor y compañía con Franz Risler. El ilustre Delobelle había salido muy temprano, cariacontecido y sin vestir, esto es, vestido, pero no de punta en blanco, sin su elegancia habitual, indicio de alguna cosa grave ó extraordinaria, y la portera, al subir las provisiones, había encontrado á la pobre madre medió loca, yendo de una á otra estancia en busca de una carta, de una palabra, de una letra de la niña fugitiva que pudiera ponerla en camino de una conjetura siquiera.

Una idea tardía había iluminado al fin de súbito el espíritu de la desgraciada madre sobre la actitud de su hija en los últimos días y su silencio á propósito de la partida de Franz.

—No llores, mujer, no llores; yo la traeré—dijo el padre al salir.

Y desde que salió, así para buscarla, como para sustraerse al espectáculo de aquel gran dolor, no hacía la pobre madre más que ir y venir del rellano á la ventana, de la ventana al rellano. Al más ligero ruido de pasos en la escalera abría la puerta, los brazos y el corazón y se lanzaba afuera; luégo, cuando volvía á entrar, la soledad de la vivienda, aumentada todavía por la poltrona vacía, medio vuelta hacia la mesa de labor, le hacía sentir más honda su desgracia y rompía en lágrimas y sollozos.

De repente paróse á la puerta de la calle un carruaje y voces y pasos resonaron en la casa.

— ¡Desiderata! ¡Desiderata! ¡La cojita! ¡Señora, ya ha parecido su hija!

Era en efecto la hija perdida, la cual subía sucumbiente en brazos de un desconocido, desgredada, desceñida, sin chal ni sombrero, pero envuelta en un capote burdo.

Al ver á su madre se sonrió casi inconsciente.

— No te asustes, mamá... no es nada... — balbuceó y acabó de desmayarse.

Nunca se hubiera creído tan fuerte la madre, vieja y todo: tomar á su hija en brazos, correr con ella besándola, mimándola, y acostarla blandamente, fué todo un punto.

— ¿Eres tú, hija mía? Sí, sí, tú eres. Por fin has parecido — le decía la madre en sôn de amoroso arrullo. — ¿Á dónde te fuiste? ¿De dónde vienes? ¿Es verdad, infeliz niña, que has querido suicidarte? ¡Oh! no, no es verdad. Pero sí; es que tenías muy honda pena. Y ¿por qué, por qué, hija mía, me la ocultabas á mí?

Y llorando llorando la besaba más y más.

Viendo en aquel estado á su madre, envejecida en algunas horas y anegada en un mar de amargas lágrimas, se sintió Desiderata poseída de un remordimiento doloroso. Recordó que se había ido sin decirle adios siquiera y qué en lo hondo de su corazón la había acusado de no amarla.

¡No amarla!

— Pero tu muerte, hija mía, hubiera sido mi muerte — decía la pobre madre. — ¿Cómo, cómo ni para qué vivir sin ti? ¡Oh! Cuando me levanté esta mañana y vi que no estaba deshecha tu cama, y no te vi en el taller, ni en ninguna parte, comencé ya á morirme, hija mía, y me caí medio muerta... Pero no hablemos más de esto. ¿Tienes frío? ¿Tienes gana? ¿Tienes sed?... ¡Ah! ¡Horror! ¡Horror! — exclamó acordándose del río por correlación de ideas. — No, no, hija mía,

no quieras ya morir, no quieras matar á tu madre.

Y esto diciendo, arreglaba con esmero pueril las ropas de la cama, le abrigaba los piés, le mullía la almohada, le besaba la frente y los ojos y los labios, y seguía llorando, llorando.

Desiderata, con los ojos cerrados, repasaba todos los pormenores de su intentado suicidio, todos los horrores por qué había pasado al salir del seno de la muerte. En su fiebre que iba en aumento en el pesado sueño que comenzaba á invadirla, aún la agitaba y afligía el recuerdo de su temeraria carrera al través de París, y millares de calles tenebrosas se abrían ante sus ojos, calles que como negros ríos desembocaban todas en el Sena.

Aquel horrible río que no podía ella encontrar la infausta noche pasada, aquel río la perseguía á ella ahora.

Sentíase toda salpicada del limo de sus sucias aguas, de lodo; y en la pesadilla que la oprimía y angustiaba, no sabiendo cómo sustraerse á la obsesión de sus recuerdos, decía la pobre niña en voz tácita á su madre:

— Tápame, tápame, madre mía... tengo vergüenza.

